

1

Viena, 1 de Marzo de 180.

Marco Aurelio a Dasumio, salud:

Ecuanimidad. Eso es lo que pienso oponer a tanta agresión. Ecuanimidad. Acabas tu valiente y arriesgada carta preguntándome qué impresión causa en mi paladar el sabor de la traición. Tú pretendes en realidad hacerme despertar de ese sueño de indolencia en que me crees sumido. Y me pides una respuesta breve, si es posible una sola palabra que resuma tanta traición e ingratitud. Pero no voy a responderte lo que esperas oír ni lo que deseas escuchar, ni seré breve, amigo. Sólo te diré que si hubiera que buscar una palabra que oponer a la sensación amarga de esta refinada traición sería *ecuanimidad*. Tampoco voy a ser breve, porque tengo una deuda contraída contigo y, además, has logrado sorprenderme en estos últimos momentos de mi vida al remitirme una carta tan atrevida desde nuestra admirada Córdoba, Dasumio.

Has corrido un riesgo inútil, amigo, pues no hay nada de lo que me digas que yo no supiera ya. Lo que realmente me ha preocupado es tu temeridad, porque estás arriesgando en vano tu vida al acusar a mi hijo de traición, sin saber si el emperador que leerá tu carta seré yo o ese hijo destinado a sucederme. No lo haces, bien lo sé, por la curiosidad morbosa de ver si soy capaz de sentir ira, decepción o temor ante la frustración del proyecto de toda mi vida, acechado por una muerte que tú y yo sabemos muy cercana.

Pocos días me quedan de vida pero tú, que aún eres joven, pones la tuya en peligro con esta carta. Me sorprende que un hombre tan dado a los placeres, tan epicúreo como tú, arriesgues ahora inútilmente la vida. Tú, que me has preguntado en tantas ocasiones para qué he escrito mis reflexiones filosóficas y si mis libros son una meditación sobre la muerte. Sé prudente, amigo. No quiero que olvides que, aunque vivas cien años o cuarenta, nadie pierde otra vida que la que vive, ni vive otra que la que pierde.

Pero ahora te interesa saber si hace mella en mí la bofetada de la traición, en mí, a quien con sorna llamas *inexpugnable a las pasiones*, el emperador *lleno de dios*, el sabio inalterable, el orgullo del estoicismo, el último bastión del senequismo, el emperador impasible.

Querido amigo, no es la primera vez que me traicionan, ni la primera que me humillan o me engañan. La amargura de la traición sólo es comparable al agrio regusto de la soledad; a esos dos sabores tengo hecho el paladar, y, aunque no soy insensible a los sentimientos o las pasiones, sabes que sí pretendo ser inalterable.

—Puedo volver más tarde, Marco, si éste no es el momento adecuado.

—Pasa, Telémaco, no hago nada que no pueda esperar. Ya sabes lo que digo, la vida consiste en aprender a esperar.

Telémaco siempre ha sido un gran médico y además un fiel amigo. No le haría honor aquel epigrama de nuestro hispano Marcial cuando habla del médico que cambió de oficio, ¿recuerdas?:

*Antes de ser enterrador fue médico.*

*Lo que hace ahora de enterrador ya lo había hecho antes de médico.*

¿Creías que sólo leía a los filósofos? También me permito el lujo de la risa y la poesía: el humor es parte fundamental de la inteligencia. Por otro lado el conocimiento de opiniones y sentimientos contrarios nos acerca a la plena consciencia de una situación. Como dice nuestro

admirado Séneca cuando cita a los epicúreos: *Suelo visitar el campamento de los adversarios, no como tráfuga sino como explorador.*

—Ya está todo listo, imperator. ¿Puedo tomarte el pulso?

—Adelante, Telémaco, investiga, intenta recomponer este maltrecho cuerpo. Con el tiempo la experiencia te enseñará que todas las vilezas del cuerpo, sus miserias y enfermedades están en manos de la Providencia, que encarga a la naturaleza la exquisita donación de nuestro cuerpo material, para reclamar después lo que siempre fue suyo. Nosotros los mortales nos aferramos a este préstamo como si fuese un don eterno al que tenemos derecho. Teofrasto, en un alarde de retórica, denunció a los dioses por haber dado una vida tan exigua a los mortales. Yo, en cambio, acepto de buen ánimo al amigo que me reclama la deuda y sabes que estoy dispuesto a pagarla cuando el plazo establecido venza.

—César, el orbe romano disfrutará muchos años más del mejor y más sabio emperador que nunca tuvo.

Pero Telémaco es mejor médico que adulator. Muchos hombres tienen un don especial para la mentira, son sagaces, convincentes, persuasivos; saben encubrir su pensamiento con disimulo y habilidad; he conocido a muchos y he tenido que escudriñar su alma para desenmascarar esa artera habilidad casi innata. Telémaco no sabe mentir; no tengo que mirarlo a los ojos para descubrir cómo le tiembla la mirada. Él procura que no se le entorpezca la lengua, pero el tono de su voz lo delata. Ni siquiera tengo que apreciar el sudor que aparece tímidamente por su frente como un baño de incertidumbre. Él y yo sabemos que estoy padeciendo los mismos síntomas de esa terrible enfermedad traída del Oriente, la fatídica peste que amenaza con acabar con las reservas humanas del Imperio y que ahora se cierne sobre mí, inexorable, dispuesta a arrebatarme la vida del propio emperador.

De la guerra contra los partos obtuvimos a un mismo tiempo victoria y ruina. Derrotamos brillantemente al

enemigo, pero nos trajimos de Oriente la plaga infecta de la peste. Ningún bando vence en una guerra, Dasumio, todos pierden. Bien saben los dioses que mi intención no fue iniciar ninguna contienda, mi única obsesión ha sido defender al Imperio del ataque de los bárbaros. Nunca pretendí ofender ni me sentí ofendido, pero no me quedó más remedio que emprender las guerras que han copado todo mi reinado por defender la civilización de Roma, no por vengar ofensas. Si algo he aprendido de mis selectos maestros, del ejemplo de mis ancestros y de tantos años de reinado es que hay empresas en que merece la pena dejarse la vida, entre ellas la pervivencia de la cultura y de la civilización.

El vaivén de las pasiones nunca me ha hecho perder el equilibrio, Dasumio. Sin ir más lejos, la venganza es un sentimiento del que estoy plenamente liberado, como de otros tantos. En mi descargo te diré que fue la Providencia la que buscó el enfrentamiento. La Providencia me trajo la victoria militar y, al mismo tiempo, la catástrofe de la epidemia, que ahora será la causa de mi muerte.

—No quería interrumpirte, César. Pensé que quizás estabas terminando ese libro de filosofía que estás escribiendo.

—Son unas meditaciones, —preferí mentir. Conviene que nadie sepa que te escribo una carta tan larga y reveladora— unas reflexiones en que expongo mi manera de ver el mundo desde la óptica estoica, que sabes que prefiero a tu filosofía, la epicúrea.

—Es cierto, César, que me agrada el epicureísmo, pero antes me atrevería a contrariarte en otros temas que en la filosofía, en que sé que estás espléndidamente versado.

—Todos podemos filosofar, amigo Telémaco, porque filosofar no es otra cosa que dialogar sobre la muerte.

A mi médico favorito se le ensombreció el rostro, sus ojos brillaron con una inusitada mirada de alarma, su nariz aguileña se arizó y una repentina palidez invadió su rostro. Parecía que un temblor indisimulable recorría sus médulas.

Es curioso comprobar el vigor que pueden tomar palabras como la muerte en hombres que no han abrazado la filosofía. Iba a hablarle de su admirado Lucrecio, de cómo expone magistralmente la necesidad de eliminar el temor a la muerte, de cómo yo, que estaba en la antesala de Caronte, esperando que Atropos segara mi vida, no me sentía abatido, ni triste, ni preocupado ante mi muerte inminente. Yo siempre había cumplido mi deber, la muerte debía cumplir el suyo; ambos militábamos en el mismo ejército. Telémaco y yo sabíamos que el emperador había contraído una enfermedad mortal, pero mi médico no estaba preparado para afrontar la muerte del paciente.

Si Telémaco hubiera podido mirar frente a frente a la muerte, a la suya o a la ajena, le habría hablado del poema inédito de Lucrecio que descubrí en los anaqueles de la antigua biblioteca de Córdoba, la vetusta Córdoba, patria de mis antecesores, cuna de mi admirado paisano Séneca. El poema de Lucrecio hablaba del encuentro del poeta con la muerte como del encuentro de dos amantes. Lucrecio definía el amor como una pequeña muerte; vida y muerte, lucha de contrarios en que cada cual encuentra su sentido mirando los ojos del amante contrario, que busca seducirle; la muerte, ensimismada, mirando a la vida con la avidez y el deseo de un sediento desesperado. La muerte, que quería ahogarse en la vida como el que busca apagar una sed insaciable, un fuego incombustible. La vida quería provocar a la muerte la calidez que no tiene, la tibieza que le falta, la sonrisa de la que carece. Habría sido suficiente para que entendiera la verdadera dimensión de la vida, cuya finitud llamamos muerte. Yo le habría hablado de ella, le habría dicho que a su presión respondo con desdén, que a su amenaza enfrento la inmensa atalaya de mi divino pensamiento; subidos a esa fortaleza, aupados por la filosofía, un día todos habremos de fundirnos en la naturaleza como el viento se empapa de mar y se transforma en húmeda brisa. Besados por el frescor y la lozanía de la vida habríamos mirado sin temor a la muerte, habríamos descubierto la eternidad en la incesantía de la vida y en el

eterno retorno de lo mismo, pero con Telémaco no puedo abrir mi alma como contigo, Dasumio.

—Mañana seguiremos, Telémaco, ahora quiero sumergirme en mis escritos como quien toma un baño tibio en las añoradas termas de Roma.

Telémaco acertó a articular algunas palabras de disculpa y salió de mis aposentos visiblemente aliviado.

Dices que mi hijo Cómodo me ha traicionado, lo sé. Tus espías te confirman que no tiene intenciones de acatar mis órdenes, tú le achacas su falta de amor filial, su incapacidad como estratega, su inutilidad como estadista. Te atreves, incluso, a referirme cómo suplica a los dioses por mi pronta muerte, para que, heredero del mundo, pueda dedicarse a vivir entre placeres, cuando su padre se ha dejado la vida cumpliendo su deber en bien de Roma. Ya lo sabía, amigo. En estos días de enfermedad y coqueteo con la muerte he llegado a tener noticia de una acumulación de traiciones que no va a colmar a estas alturas el hondo pozo de mis decepciones. Por eso no me siento traicionado, Dasumio, ni me hieren tus palabras. Afronto como Edipo el destino que me aguarda pero no me azota el vaivén de las pasiones, no enloquezco como él ni pretendo arrancar los ojos que vieron tanta ignominia. ¡Ecuanimidad! ¡En todo momento, ecuanimidad!

Pero no vamos a hablar ahora de revanchas, sinsabores, venganzas, resentimientos o traiciones. Lo nuestro es la sabiduría, el entendimiento, la comunión extática con la naturaleza. Mientras las rencillas vulgares de la plebe caen como las hojas secas que el viento mece en su ludibrio, la historia de nuestra familia reverbera en los túneles de la Historia y satura con sus ecos la dignidad de nuestro linaje. Lo que disponemos en el mundo de los vivos halla su albergue en los laberintos de la eternidad y si Horacio no estaba dispuesto a morir del todo, como él mismo escribió en sus versos (ya ves que también leo a los epicúreos), salvado del naufragio del olvido gracias a la calidad de su poesía, nuestro linaje también transitará las



mansiones de lo eterno, subidos a la inexpugnable atalaya del pensamiento.

Me has pedido muchas veces que no me demore más en contarte la historia de nuestra familia, los Dasumios. No quieres aclarar *antes de morir*, aunque sabes que la ineluctable enfermedad se ha instalado en mis venas como un huésped molesto e inexorable. Te agradezco la cortesía, Dasumio, aunque nunca tuve miedo de mirar de frente a la muerte y besar sus mejillas sin rencor. Tengo datos, querido primo, -sabes que nuestro parentesco se pierde en insondables recovecos genealógicos- de los últimos 250 años de nuestro linaje. Voy a tomar la pluma para contarte esta historia. Iré engarzando también los acontecimientos más importantes de mi vida hasta el momento presente, para que compruebes que los hombres de distinto siglo solemos compartir las mismas experiencias y sentimientos: En los libros hablan las almas de los hombres y en ese diálogo las décadas o los siglos no tienen potestad alguna. Empezaré por el principio, por aquella hermosa ciudad de la Bética que dio a luz a los famosos poetas de los que ya hablara Cicerón.